

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO III.—NÚM. 44.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

15 de Abril 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *El impuesto, medio de enriquecer á los ricos*, por Pedro Kropotkine.—*Sobre el derecho de propiedad*, por Donato Luben.—*La anarquía; su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Escuela y criminalidad*, por Charles Alderman.—*Un gran invento*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela por León Tolstoi.
SECCION LIBRE: *El amor libre*, por Charles Albert.
TRIBUNA DEL OBRERO: *¿Quién tiene razón?*, por Salvador Roma.—*Lo porvenir*, por C. Piazza.

SOCIOLOGIA

El impuesto, medio de enriquecer á los ricos.

¡Es tan cómodo el impuesto! A los cándidos, á aquellos que se envanecen con el título de ciudadanos que se les otorga en los períodos electorales, se les ha hecho ver que el impuesto es el medio de llevar á cumplido término las grandes obras de la civilización; pero los gobernantes saben perfectamente que el impuesto les ofrece el medio más cómodo y seguro de hacer las grandes fortunas á expensas de las pequeñas; de empobrecer las masas y de enriquecer á algunos individuos; de entregar el campesino y el obrero atados de pies y manos al fabricante y al agiotista; de favorecer tal ó cual industria en particular y todas en general á expensas de la agricultura y, sobre todo, del trabajador del campo.

Si mañana se le ocurriese al Parlamento votar 50 millones de francos á beneficio de los grandes propietarios territoriales, como lo ha hecho Salisbury para recompensar á sus electores conservadores, toda la Francia clamaría como un solo hombre y el ministerio caería inmediatamente. Pues por medio del impuesto se hacen pasar los mismos 50 millones de los bolsillos de los pobres á los de los ricos sin que los despojados se aperciban del escamoteo, con lo cual nadie grita, y se consigue maravillosamente el mismo resultado, y con tanta perfección, que los mismos especialistas en el estudio del impuesto ni siquiera se dan cuenta de ello.

*
* *

¡Es tan sencillo! Basta, por ejemplo, gravar con algunos céntimos adicionales al campesino, su caballería y su carro, ó sus ventanas, para arruinar de un golpe algunas decenas de millar de familias de agricultores. Aquellos que pasaban la pena negra para alcanzar la satisfacción de las necesidades indispensables; aquellos á quienes el menor choque podía arruinar y relegar á las filas del proletariado, no pueden humanamente resistir el más ligero aumento del impuesto, y acaban por vender sus parcelas de tierra y se van á las ciudades á ofrecer sus brazos á los fabricantes, ó venden

caballería y carro y se agarran con furor al azadón y á la pala, esperando rehacerse con el trabajo... hasta que un nuevo impuesto, que no tarda en presentarse, les da el golpe de gracia y les convierte á su vez en proletarios.

Esto viene haciéndose continua é incesantemente, de año en año, sin que nadie grite por ello, excepto los arruinados, cuya voz no llega al gran público. Se ha visto hacer en gran escala, durante estos últimos cuarenta años en Rusia, especialmente en la Rusia central, donde el sueño dorado de los fabricantes moscovitas de crear un proletariado se ha realizado á la sordina por medio del impuesto, allí donde una ley que hubiera tendido á arruinarlos de una plumada hubiera levantado un clamoreo general, á pesar del absolutismo del gobierno.

Tenemos, pues, que el impuesto hace suavemente el mal que el legislador no se atreve á hacer á cara descubierta.

Y ahora que los cándidos socialistas, que á sí propios se otorgan el título de *científicos*, nos hablen «de las leyes establecidas», «del desarrollo económico», «del fatalismo capitalista», de su «negación de sí mismo», cuando un sencillito estudio de los impuestos explicaría por sí sólo el fenómeno. La ruina y la expropiación del campesino, tal como se hizo en Inglaterra en el siglo XVII, y que Marx, en su jerga anticientífica, llamaba «acumulación capitalista primitiva», se continúa hasta nuestros días, de año en año, por medio de ese instrumento tan cómodo: el impuesto.

Lejos de crecer, según las leyes inmanentes de crecimiento interior, la fuerza del capital se vería torpemente paralizada en su extensión si no tuviese á su servicio el Estado, que, por una parte, crea á cada momento nuevos monopolios (minas, ferrocarriles, agua á domicilio, teléfonos, medidas contra las Sociedades obreras, acción contra los huelguistas, educación privilegiada, etc., etc.), y por otra, edifica las fortunas y arruina las masas trabajadoras por medio del impuesto.

Si el capitalismo ha creado el Estado moderno, también, no hay que olvidarlo, el Estado moderno crea y alimenta el capitalismo.

*
*
*

Ya en el siglo pasado Adam Smith señaló el poder del impuesto; pero ese estudio, cuyas grandes líneas dejó indicadas, no fué proseguido, y para demostrar hoy ese poder, hemos de recoger los datos y los ejemplos desparramados por todas partes.

Tomemos el impuesto territorial, que es una de las más poderosas armas en manos del Estado: la octava memoria de la Oficina del Trabajo del Estado de Illinois ofrece un lujo de pruebas para demostrar como, aun en un Estado democrático, se formaron las fortunas de los millonarios sencillamente por la manera con que el Estado gravaba la propiedad territorial en Chicago, gran ciudad que ha crecido á saltos, alcanzando el número de 1.500.000 habitantes en cincuenta años. Allí el Estado, gravando fuertemente la propiedad edificada, cuando, aun en las calles más centrales de la ciudad los solares contribuían levemente, ha creado la fortuna de los millonarios. Pequeños solares en tal gran avenida que hace cincuenta años apenas valían 6.000 francos el décimo de hectárea, han alcanzado hoy el valor de 5 á 6 millones de francos.

Es evidente que si el impuesto hubiese sido *métrico*, es decir, á tanto por metro cuadrado edificado ó sin edificar, ó si la tierra hubiese sido municipalizada, no hubiera sido posible acumular semejantes fortunas; la ciudad se hubiera aprovechado del crecimiento de su población descargando proporcionalmente las casas habitadas por los obreros.

En la actualidad, por el contrario, como las casas de seis á diez pisos, habitadas por obreros, son las que soportan el grueso de los impuestos, el obrero se ve forzado á trabajar más para que los ricos sean más ricos; viéndose los explotados creadores de esa riqueza obligados á vivir en insanos tugurios, donde, como es sabido, el desarrollo intelectual se atrofia, con lo que quedan mejor dispuestos para someterse al yugo de sus explotadores y tiranos.

El *Eighth biennial Report of the Bureau of Labor Statics of Illinois: Taxation, 1894*, contiene interesantísimos datos sobre este asunto.



He aquí lo que sucede en el arsenal inglés de Woolwich: Antes, las tierras sobre que esta población se ha establecido y desarrollado, eran un erial habitado solamente por conejos. Desde que el Estado hizo construir allí su gran arsenal, Woolwich y sus contornos forman una ciudad populosa, donde 20.000 hombres se dedican á fabricar instrumentos de destrucción. Hace unos diez meses se pidió al gobierno que aumentara los salarios de los obreros, á cuya petición respondió textualmente el economista y ministro Goschen: —«¿Para qué, si el aumento será en seguida absorbido por los propietarios territoriales? Durante los diez últimos años los jornales han subido un 20 por 100, pero los alquileres obreros han ido subiendo poco á poco hasta un 50 por 100; de donde resulta que el aumento de los jornales ha tenido por efecto el ingreso de una cantidad mucho mayor en las arcas de los propietarios, que ya eran millonarios.» El argumento del ministro era evidentemente especioso ó de justicia aparente; pero el hecho de que los millonarios absorban la mayor parte del aumento de los jornales, merece ser tenido en cuenta, porque es perfectamente exacto.

Por otra parte, los habitantes de Woolwich, como los de cualquiera otra gran ciudad, se ven obligados á doblar y triplicar los impuestos por desecación, canalización y empedrado de la población, que de infecta que era, se ha vuelto muy salubre, y todo esto, gracias al sistema de impuesto territorial y de propiedad vigente, va perfectamente bien á los propietarios, «quienes venden al pormenor á los contribuyentes los beneficios que han embolsado de las mejoras sanitarias pagadas antes por esos mismos contribuyentes», como dice con razón, pero como si se callara, *Comradesip*, órgano de los cooperadores de Woolwich. Y si no, se hace en Woolwich un *radeau* ó tren de madera para atravesar el Támesis, y el municipio compra al concesionario el derecho de explotarle, costando en junto á los contribuyentes 5.500.000 francos en ocho años, y sucede que un terreno situado cerca del *radeau* aumenta su valor en 75.000 francos nada menos, que se embolsa el propietario.

Más aún: los trabajadores se asocian, á fuerza de luchas y sacrificios logran mantener sus jornales á un nivel más elevado; en seguida forman una cooperativa y disminuyen en una cuarta parte los gastos de subsistencia, y aquí también viene el señor á llevarse la ganancia, especie de moderno derecho de pernada. En efecto, véase el anuncio de la venta de un solar inmediato á la cooperativa: «Los jornales elevados que el arsenal paga á sus obreros, lo mismo que la existencia en Woolwich de una cooperativa próspera, hacen que este terreno sea perfectamente apropiado para construir casas para trabajadores.» Lo que, hablando en plata, significa: «No os importe pagar caro este terreno, señores constructores de casas para obreros, que de sobra os desquitaréis cargando la mano sobre los alquileres.» Y los contratistas pagan, pensan.

do: «Trabaja para nosotros, infeliz obrero, que sueñas mejorar tu suerte con boberías cooperativas sin tocar al mismo tiempo á la propiedad y al impuesto». (1).

Sin ir á Chicago ni á Woolwich, ¿no vemos en cada gran ciudad cómo el Estado, únicamente gravando la casa de seis pisos habitada por obreros mucho más que el hotel privado del rico constituye un privilegio formidable á favor de éste? Eso salta á la vista; de ese modo le permite embolsarse el exceso de valor dado á su propiedad por el ensanche y embellecimiento de la ciudad.

Hay quien se admira de que las ciudades crezcan tan rápidamente en detrimento de los campos, y eso consiste en que no se quiere ver que la táctica de los hacendistas del siglo XIX ha tenido por exclusivo objeto gravar al agricultor—el productor verdadero, porque ha logrado obtener del suelo tres, cuatro y aun diez veces más productos que antes—en provecho de las ciudades; es decir, de los banqueros, de los abogados, de los comerciantes y de toda la cuadrilla de explotadores y gobernantes.

*
* *

Fijémonos en la enseñanza: véase el camino recorrido desde la época en que el municipio costeaba una casa para la escuela y para el maestro, donde el sabio, el físico, el filósofo, se rodeaban de discípulos voluntarios y les enseñaban su ciencia ó su filosofía. Hoy tenemos la enseñanza dicha gratuita, aunque suministrada á nuestras expensas por el Estado (2); tenemos además, liceos, universidades, la Academia, etc., etc.

Como el Estado no desea otra cosa que ensanchar siempre la esfera de sus atribuciones, y los ciudadanos buscan á cada momento la ocasión de dispensarse de pensar en los asuntos de interés general, de «emanciparse» de sus conciudadanos abandonando la cosa pública á un tercero, todo se arregla perfectamente. Así, pues, dice el Estado: «Conque la enseñanza, ¿eh? Yo la daré con mucho gusto á vuestros hijos. Hasta, para aligeraros de vuestros paternales cuidados, os prohibiré que os metáis en ese negocio. Redactaré los programas, ¡y cuidado con las críticas! Primeramente embruteceré á los muchachos con el estudio de las lenguas muertas y de las virtudes de la ley romana; eso los pondrá dúctiles y sumisos. En seguida, para prevenir todo conato de rebeldía, les enseñaremos las virtudes del Estado y de los gobernantes á la par que el desprecio á los gobernados; les haremos creer que ellos, en posesión del latín, son la sal de la tierra y la levadura del progreso; en fin, les meteremos en el entendimiento que «la miseria de las masas es una ley de la Naturaleza», sin perjuicio de que, modificando oportunamente la enseñanza según el gusto variable de las épocas, unas veces les diremos que esa miseria es producto de la voluntad de Dios, ó bien que es una «ley de acero», que obliga al obrero á empobrecerse á medida que ellos vayan enriqueciéndose, llegando en su estado feliz hasta olvidarse de procrear hijos. Toda

(1) Recomendamos estas consideraciones al Sr. Salas Antón y á los cándidos que pierdan el tiempo haciendo castillos cooperativos en el aire con motivo de las fábulas de la lechera que aquel señor publica en *El Diluvio*, de Barcelona.

(2) Téngase en cuenta que este escrito se dirige en primer término á lectores franceses, á quienes ese género de enseñanza ha sometido en gran parte á los sofismas de los políticos, por cuanto cada uno, falto de iniciativa y de pensamiento propio, sigue como sectario inconsciente al periódico de su preferencia, considerándole como un oráculo y repitiendo á tuerto y á derecho sus argumentos casi aprendidos de memoria. La observación de este hecho sobre el terreno me ha llevado á no saber resolver si vale más la instrucción aparente del obrero parisién, que tiene la cabeza llena de lugares comunes y clichés periodísticos, que la del campesino español, analfabeta y cargado de gramática parda, supersticiones y marrullerías: ambos me parecen aspectos diferentes de una misma ignorancia.—(N. del T.)

la enseñanza tendrá por objeto hacer creer á vuestros hijos que no hay salvación fuera del Estado providencial.

»Luego, después de haber hecho pagar al pueblo el coste de la enseñanza—primaria, elemental y superior, ó sea de la escuela, del Instituto y de la Universidad (así, con mayúscula para las dos escuelas superiores)—arreglaremos las cosas de modo que queden las mejores partes de la olla presupuestivora para los retoños burgueses, con lo cual el cándido pueblo se enorgullecerá de sus universidades y de sus sabios, sin apercibirse siquiera de que erigimos el gobierno para los que pueden pagarse el lujo de los liceos y de las universidades para sus hijos. Así se arreglan estas cosas. Si consignásemos ingenuamente en la Constitución del Estado un artículo concebido en estos términos: «Artículo tantos. Los trabajadores serán gobernados, juzgados, acusados y defendidos, enseñados y embrutecidos por los ricos y en interés de los ricos.» Los perjudicados se rebelarían sin duda; pero con el impuesto y algunas buenas leyes «muy liberales», que exijan, por ejemplo, veinte exámenes para ser admitido á desempeñar las altas funciones de juez ó de ministro, los cándidos tragan la píldora sin la menor réplica.»

* * *

No hablemos del impuesto militar, porque sobre esto todo el mundo sabe á qué atenerse. ¿Cuándo el ejército permanente ha dejado de ser el medio de sujetar el pueblo á la esclavitud? y ¿cuándo un ejército regular ha podido invadir un país si ha encontrado un pueblo en armas?

Tómese un impuesto cualquiera, directo ó indirecto, sea sobre la tierra, la renta ó el consumo, para contratar ó para pagar las deudas del Estado, el impuesto de guerra ó el destinado á la enseñanza pública, analícese bien, y véase á dónde conduce en último término, y aterra considerar la fuerza inmensa y todopoderosa que ponemos á disposición de nuestros gobernantes.

El impuesto es la forma más cómoda y segura para los ricos de someter al pueblo á la miseria; es el medio de arruinar clases enteras de agricultores y de trabajadores, cuando al cabo de inauditos esfuerzos consiguen un mezquino bienestar; es también el instrumento más sencillo para convertir el gobierno en el monopolio eterno de los ricos; por último, el impuesto permite, bajo diferentes pretextos, forjar las armas que servirán oportunamente para someter y vencer al pueblo si llega á lanzarse á la revolución. Pulpo de mil cabezas y de infinitos tentáculos chupadores, como los monstruos marinos de los cuentos de antaño, sujeta la sociedad entera y canaliza los esfuerzos individuales de modo que vayan siempre á parar al enriquecimiento y al monopolio gubernamental de las clases privilegiadas.

Téngase entendido, y no lo olvide el revolucionario sincero: en tanto que exista el Estado armado del impuesto, no podrá realizarse la emancipación del proletario, ni por la vía de las reformas, ni aun por la revolución. Si la revolución no anonada al pulpo, destruyendo todas sus cabezas y chupadores, el pulpo la estrangulará.

[PEDRO KROPOTKINE.]

(Traducción de Anselmo Lorenzo.)



Sobre el derecho de propiedad

A fin de demostrar que no son tan eternos é incommovibles como generalmente se supone los principios del derecho escrito en lo que se refiere á la posesión privativa de las cosas apropiables y retenibles, hémonos decidido á poner de relieve las extrañas vicisitudes por que el *derecho de propiedad*, *derecho demasiado torcido*, ha atravesado en la historia de la jurisprudencia española.

Supone la inmensa mayoría de las gentes, que desde que el mundo es mundo y los hombres viven en sociedad, existe perfectamente definida la legalidad jurídica del derecho de propiedad vigente; que siempre fué cada hombre en la tierra *dueño absoluto de lo suyo*, y que este derecho fundamental, por su moralidad irrefragable, fué apreciado de idéntica manera por todos los legisladores y jurisconsultos y en todos los Estados del mundo. El error es craso; y nosotros, que anhelamos demostrar lo perturbador y acefálico de tal supuesto, que sabemos que el hombre desheredado no sólo no fué libre para poseer propiedades fomentadas con el sudor de su rostro, sino que durante muchos siglos ni aun le fué lícito disponer de su persona libremente; que era esclavo, y que, como tal, formaba parte de la propiedad de los tiranos; nosotros, que sabemos todo esto, deseando que la verdad resplandezca, tomamos sobre nuestros hombros la honrosísima tarea de comprobar lo erróneo de lo generalmente creído, sacando de la legislación antigua y moderna los elementos comprobativos necesarios á la evidenciación de tales errores; y, al efecto, comenzamos hoy por examinar ligeramente el libro x del *Fuero Juzgo*, que es el que trata de los medios legales de adquirir y conservar el dominio posesivo de la propiedad territorial entre los godos españoles.

* * *

El Código civil fundamental de la España gótica, conocido con el título de *Lex Visigotorum*, *Liber iudicum*, el *Fuero Juzgo*, fué trabajado casi en su totalidad por eclesiásticos, como lo da bien á entender el ultramontanismo á que trascienden la inmensa mayoría de sus leyes. Los materiales para la formación de este Código salieron de las leyes romanas, de las costumbres germánicas y de los cánones conciliares.

En el libro v del *Fuero Juzgo* se observa con claridad suma la inusitada parcialidad con que obraron los recopiladores, correctores y aumentadores de este código, pues en él se hizo constar que todas las iglesias del reino *debían estar dotadas con espléndidas propiedades y esclavos*.

Y como las leyes prescribían el dominio posesivo de las cosas por la posesión de treinta años, á fin de no perjudicar los intereses de las iglesias, que eran los intereses de los obispos legisladores, estos santos varones barrenaron la ley general, declarando y haciendo constar en el *Fuero Juzgo* que no tuviera efecto la *prescripción en los bienes eclesiásticos*.

* * *

En el libro x del *Fuero Juzgo*, como ya dejamos indicado anteriormente, tratase del dominio posesivo de los *bienes ralces* y medios de adquirirlos y conservarlos legalmente.

Conocida es la forma violenta y agresiva con que los godos se apoderaron de esta Península. Ellos nada poseían en España.

Roma se sentía impotente para contener y dominar los ímpetus guerreros de sus antiguos mercenarios, y no pudo evitar la preponderancia de éstos, con todo su poder bélico y todas sus habilidades diplomáticas.

Pero, ¿a qué estado de derecho normal debían los germanos su entronizamiento? ¿Bajo qué auspicios de legalidad se posesionaron de España?

Al apoderarse de España, ¿podían los germanos por fortuna invocar otro *derecho que el de la fuerza*, siempre preponderante y victoriosa?...

Por la fuerza habían llegado los cartagineses á ser *propietarios* en España; por la fuerza lograron serlo después los romanos, derrocadores belicosos del poderío de Cartago, y por la fuerza también hubieron de apoderarse de todas las propiedades, riquezas y privilegios hispanos los godos conquistadores.

La *razón de la fuerza* ha trabajado hasta el día todos los *códigos*, informado todas las legislaciones y legalizado todas las leyes jurídicas. Pero los cuatreros entronizados por la violencia, los despojadores de los vencidos enriquecidos con los botines de rapiñas guerreras, siempre fueron amantes de fórmulas legalistas con que poder encubrir sus vandálicos orígenes.

Así es que, cansados de su existencia aventurera, de ser siempre extranjeros y vandálicos saqueadores, los godos como todos sus predecesores, pensaron al fin en dejar de ser una raza amóvil, belicosa y eternamente andariega. El vandalismo bárbaro decidió *legalizar* su existencia, quiso *aristocratizarse*, gobernar, y después de grandes vicisitudes comenzó al fin el pueblo germánico su *vida legal*, dotándose como los demás pueblos de *sendas personalidades jurídicas* y administrativas y de leyes y constituciones formalmente legalizadas, que santificaran é hicieran inviolables los bienes adquiridos por el despojo y la violencia.

Cuando los godos conquistaron España, raza de bárbaros andariegos, incapaces de fecundizar los campos por la violencia adquiridos con el *polen* de sus brazos humanicidas, comprendieron que era preciso valerse de los naturales españoles para fomentar y garantizar las riquezas de que se habían hecho *dueños*, y al efecto repartieron las propiedades territoriales españolas entre godos y españoles originarios, reservándose para sí los germanos en tan *equitativo repartimiento las dos terceras y mejores partes* de los inmensos territorios por la fuerza adquiridos, y *donando graciosa y magnánimamente* á los españoles despojados la otra tercera parte restante...

Pero como los godos eran generalmente más guerreros que labradores, á fin de sacar provecho de sus fincas territoriales sin ellos cultivarlas, solían *darlas á censo* á los peninsulares, cobrándoles algún *canon ó cuenta de frutos*. Mas, como eran demasiado frecuentes los abusos cometidos por los godos terratenientes contra los intereses de los arrendadores indígenas, á fin de evitar los grandes perjuicios que las injustificadas y extemporáneas desposesiones de las tierras arrendadas irrogaban á los arrendadores, en el libro x del *Fuero Juzgo*, muy cuerdamente, se dispone que mientras los censarios cumplieran bien *todas sus obligaciones censurias, no podían ser removidos de los predios adquiridos por arrendamiento*.

En las tierras cedidas por *precaria* ó en arrendamiento, debían guardarse el tiempo y demás condiciones estipuladas en las escrituras ó contratos de otorgación.

El censo ordinario de las tierras acensuadas consistía en el pago al propietario de un *diezmo* de los frutos recolectados.

Las tierras acensuadas ó arrendadas, cuyo dominio no se hubiera reclamado en el

espacio de *cincuenta años*, no podían ya ser quitadas á los que las poseían y cultivaban, aun por los que justificaren ser sus propietarios legítimos.

Los esclavos fugitivos que no hubieren sido hallados en igual período de tiempo, quedaban redimidos para siempre de su antigua esclavitud.

Bien claramente se ve: en la época histórica que nos ocupa, como en todas las demás, que la base del derecho de posesión fundóse siempre sobre las violencias del despojo.

Los godos, por el *derecho de la fuerza*, derecho siempre *providencial*, se hicieron *amos* absolutos de la propiedad territorial española, como habíanse hecho antes de ellos cartagineses y romanos, y como, al derrumbarse la monarquía goda, consiguieron hacerse también los musulmanes...

Háblase con gran énfasis de la inmovible legalidad del principio fundamental y jurídico sobre que descansa el *derecho de propiedad* tal cual hoy se entiende y practica, y no se tiene en cuenta que el tan decantado *derecho* no emana directamente del trabajo, único fundamento legal y moral en que debiera el derecho de propiedad apoyarse, sino de una serie no interrumpida de despojos vandálicos y matanzas salvajes, infamias regularmente sancionadas por la razón de la fuerza.

Y tan irracional y perturbador resultado en las prácticas de la vida social de los pueblos, el derecho de propiedad privativo y absoluto que todos los códigos y todos los pueblos, hanse visto en la ineludible necesidad de restringir los derechos privativos del propietario particular, á fin de evitar trastornos y para preservarse contra posibles quebrantos sociales.

Los mismos legisladores godos, conquistadores y despojadores de los españoles, á fin de morigerar los grandes abusos perpetrados por los propietarios germánicos, viéronse en la imperiosa necesidad de dictar leyes encaminadas á prevenir y cortar abusos lesivos al fomento del bien general. A tal fin fueron decretadas las leyes que disponían que ningún arrendador podía ser viciosamente expropiado por los propietarios de las fincas arrendadas, mientras cumpliera con puntual fidelidad todas las disposiciones condicionales insertas en la escritura de arrendamiento.

Un sistema de propiedad que necesita leyes que restrinjan los derechos del propietario, es evidente que no descansa sobre bases de sólida é inalterable justicia.

La inmovilidad de los actos de la justicia, es su carácter más respetable, su virtud más augusta; y ya sabemos lo inmovibles que resultan los decretos de la justicia histórica...

Los confeccionadores del *Fuero Juzgo* fueron en su casi totalidad obispos; pero, lejos de demostrar la santa imparcialidad de que se hallaran poseídos en sus determinaciones legislativas, tuercen en su provecho toda rectitud jurídica; y mientras que para los *bienes seculares* abandonados por sus dueños, proclaman el derecho de prescripción y la libertad para los esclavos que se fugan y no son capturados en un cierto número de años, tienen muy buen cuidado, un cuidado religiosamente piadoso, de eludir tales disposiciones en lo que respecta á los bienes eclesiásticos; y muestran su evangélico humanitarismo, dotando con un gran *número de esclavos* á las Iglesias de un Dios humilde y Redentor... ¡Qué sarcástica ignominia!

Tal resulta en todas sus fases la historia de la llamada justicia humana. Una compilación abigarrada de incongruencias y principios absurdos; un tejido abominable de despojos é infamias.

La santidad del derecho de propiedad fué en todas las épocas la misma.

El despojo organizado, fué la base que hizo ricos á los hombres y poderosos á los pueblos; la guerra sancionó en todo tiempo el derecho de propiedad.

Malparada queda aquí la augusta majestad de la ley y maltrecha resulta también la *santidad improfanable* del derecho de propiedad, fundamento y sostén de las actuales sociedades; pero todo aquel hombre animoso y varonil que estudie con el debido detenimiento y sin interesadas preocupaciones la historia del derecho, si posee un cerebro bien organizado y una conciencia pura, seguramente no llegará á otras conclusiones más halagüeñas que las por nosotros sentadas.

El origen del derecho de propiedad fué el despojo, y los despojadores, transformados en legisladores, sentaron sobre bases sofisticas los cimientos *divinos* de todas las vigentes legalidades.

Esta es toda la verdad, escueta é irrefragable.

DONATO LUBEN.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

VIII

Otros errores de los reformistas.

La sociedad es un crisol en donde se combinan las más diversas ideas.—Las ideas más activas son las que más influyen en la evolución.—Necesidad del ideal.—Imposibilidad de ser justo en la sociedad actual.—Falsa generosidad de los pretendidos reformadores.—Siempre se protege á los poderosos.—No más propiedad; no más autoridad.—Ladrones y robados no pueden reconciliarse.—El obrero tiene derecho á todos los gozos.—Identidad de los derechos individuales.—Los derechos de los expoliados son imprescriptibles.—El progreso no interesa á quien se muere de hambre.—La abnegación sólo se predica á los miserables.—Nuestras conquistas estarán en relación con la energía que nosotros sepamos emplear para obtenerlas.

En el capítulo precedente hemos visto que los reformistas dicen, para justificar su acción, «que es preciso saber moderar los deseos y concretarse á reclamar lo que pueda ser arrancado á los detentadores del poder».

Estas gentes se llaman hábiles y admiten la legitimidad de las más atrevidas reclamaciones, sólo que por ser «prácticos» las dividen en pequeños detalles y así se opera una selección regresiva, ó sea lo contrario de lo que ellos quieren, aun siendo sinceros en sus predicaciones.

Ya hemos demostrado que es un error absoluto el creer que, moderando las exigencias, se obtienen más fácilmente; las reformas que se realizan no son aquellas cuyos partidarios han sido más modestos, ni las que han tenido defensores débiles, sino las que han tenido partidarios bastante activos para propagarlas y, con folletos, periódicos, discursos y con actos, sobre todo, las han hecho entrar en las costumbres, para que, en un momento dado, el Parlamento se vea obligado á consagrarles con su sanción *ad hoc*.

Estas reformas no llegan jamás á ser un hecho con la integridad que sus promo-

tores las habían imaginado ni se interpretan en el sentido que se propagaron. Al pasar á la práctica se transforman bajo la acción de los que se las apropian y las acomodan á su modo de sentir y de ver, influenciados por ideas ó conveniencias contrarias.

En el conflicto de ideas diversas que determinan la evolución humana, las más osadas, las que parecen impracticables, si no se realizan de una sola vez, ejercen una influencia decisiva en la marcha progresiva de la sociedad, obligando hasta á los más timoratos, á tener en cuenta la finalidad que éstas persiguen.

Por esta razón es necesario que haya gentes que abandonen los viejos senderos de la rutina, aun cuando se llamen prácticos, para residir en las regiones del ideal y hacer andar á los que, á cada vuelta del camino, quieren detenerse.

*
* *

Hay otra clase de reformistas, de buena fe sin duda (así queremos creerlo), que, sin dificultad, admiten nuestra crítica social conviniendo en que la sociedad debía conceder más bienestar y felicidad á los que trabajan, pero afirman igualmente que hay derechos adquiridos dignos de todo respeto, y que, por consecuencia, no hay reforma legítima si ésta toca en lo más mínimo los sagrados intereses del capital.

«Los capitalistas, dicen, están también sometidos á ciertas condiciones de la lucha, por las cuales á veces se les derrota y de las que ellos no son responsables; existe un máximun de salario, muy bajo, es verdad, pero que no pueden aumentar sin exponerse á la ruina, lo que deben tener muy en cuenta los trabajadores.»

Sí; vuestra sociedad está así organizada y, claro, como los intereses de los individuos son antagónicos, han de vivir en estado de perpetua lucha. Es tan bueno vuestro estado social, que hasta la práctica del bien es imposible; si algunos capitalistas quisieran mejorar la suerte de sus expoliados, su intención sería impracticable, porque se exponían á no poder sostener la lucha con los demás competidores. Vivimos en una organización económica que condena al obrero á una situación apurada, á la privación perpetua en la satisfacción de sus necesidades. Y precisamente esta condena, absoluta, sin apelación de ningún género, es la que vosotros defendéis, hablando así del estado social.

Si los privilegiados no son responsables de un orden de cosas que existía ya cuando ellos vinieron á la vida, los desheredados no son tampoco los autores de tal aberración; ni el privilegiado ni el desheredado son responsables; pero mientras que éste sufre aquél goza, y el día que los expoliados comprendan que la sociedad actual no existe más que por su ignorancia y el apoyo que ellos le prestan, aquel día terminará todo, sin que pueda evitarlo la imposibilidad de hallar al autor material de tanta injusticia.

Además, las dolencias de los explotadores, sus lamentos de no poder resistir la competencia, nos importa muy poco. Queremos vivir y gozar en nuestra existencia tanto cuanto nos permita nuestra facultad y nuestra fuerza; queremos desarrollar completamente nuestros intereses; desenvolver nuestra individualidad en toda su potencia, satisfacer nuestros deseos en lo verdadero, lo bueno y lo bello, y para esto es preciso que la explotación desaparezca.

Sin tocar á esos pretendidos derechos del propietario, del capitalista, no puede hacerse nada que no sean ilusiones al principio, decepciones al fin.

Uno de los mayores errores en que incurren ciertos reformistas es el de que, lue-

go de declarar que la situación del obrero es mala y de reconocer que tiene derecho á mejorarla, estiman que la sociedad hace bastante dejando á todos los hombres libres para hacer lo que les plazca con su fuerza y su inteligencia con la sola condición de no hacer nada que no esté previsto en el Código. Para ellos es preciso que siempre haya ricos y pobres; lo que admiten con generosidad y alteza de miras es que los obreros *debieran ganar algo más de salario*, para que, pudiendo hacer alguna economía, fueran más soportables las fatigas por falta de trabajo, las enfermedades y la vejez. Y cuando han reconocido á los trabajadores el derecho á una existencia menos precaria, tolerándoles que coman carne el domingo y que pongan diariamente una patata más en el puchero, se creen haber alcanzado el *summun* de justicia social que al hombre le es permitido alcanzar y tratan de ingratos á cuantos no conformándose con las diez horas de trabajo, que les han acordado, en vez de trece que trabajaban, aspiran á más.

Además, ¿sobre qué derecho fundan sus razones para afirmar que los obreros deben ser moderados en sus reclamaciones y esperar pacientemente siglos y más siglos, á que la sociedad se perfeccione sin violencias, sin revoluciones?

Estas gentes no se han preguntado nunca por qué el trabajador, no obstante fomentar la riqueza con su esfuerzo, no tiene derecho á nada, cuando razonando con buena lógica, no es sólo un poco de bienestar lo que le pertenece, sino toda la felicidad que del goce de las riquezas se desprende; no es á un poco de justicia á lo que tiene derecho, sino á toda la justicia; y que su parte no será completa hasta el día que no tenga necesidad de vender sus fuerzas productivas á quien, aprovechándose de la ignorancia de sus predecesores, y de la mala organización que de ésta se deriva, han heredado el monstruoso derecho de explotar. Y es que, para nuestros reformistas, lo esencial es que no se les altere la digestión á los hartos.

Para que el estado social mejore se necesitan inteligencias y sacrificios, y esto no se le puede pedir á los ahitos, sino á aquellos cuya existencia es una serie no interrumpida de sacrificios y privaciones.

* * *

Nosotros, aunque esto sea contra los juiciosos, y los moderados, no pedimos conmiseración ó un poco de bienestar que mitigue nuestra miseria; queremos todo lo que sea útil al desarrollo íntegro de nuestras necesidades físicas, intelectuales y morales. Vuestro orden social, tal cual existe, no puede proporcionar otros medios más que á los favorecidos de la fortuna; á los que aceptan las condiciones de lucha que ésta les ofrece, y no se detienen ante la explotación de sus semejantes, ni les inquieta nada los gritos de dolor de los aplastados sobre el camino que les conduce al goce de todo cuanto existe. Por eso llevando el siberitismo hasta el extremo, no queremos que nuestra felicidad sea turbada por las reclamaciones de los que sufren y maldicen una organización social defectuosa y queremos que los medios de desenvolverse sean accesibles á todos por igual. Queremos que desaparezca esta sociedad y no podemos estar conformes con los aumentos de salario, insuficientes siempre, para que el obrero se proporcione cuanto necesite para ser feliz.

No queremos ricos ni pobres, gobernantes ni gobernados. A todos la libertad de tomar la parte que del *todo* le corresponda y la de evolucionar según se lo dé á entender su temperamento y su criterio.

Por eso nosotros decimos á los trabajadores: «Tomad de vuestro explotador todo

cuanto podáis arrancarle, pero no empleéis el tiempo reclamando; defended vuestros salarios, luchad si queréis para aumentarlos, pero que esto no sea una finalidad absoluta sino una etapa para llegar á vuestra emancipación total. Nada de conciliaciones entre vosotros y los que alquilan vuestras fuerzas de producción; luchad hasta tomar posesión de todo cuanto os pertenece, sin deteneros hasta asegurar la completa transformación del estado social, y establecer, sobre las bases de la ciencia, la equidad y la justicia, la solidaridad entre los hombres.»

*
* *

A todo esto, los que hallan exageradas nuestras pretensiones, ¿querrían decirnos sobre qué basan la razón de que los trabajadores debieran darse por satisfechos con una mejora que les permitiera comer sobriamente mientras trabajan y no morir de hambre cuando sean viejos?

Si la necesidad de comer es la primera de las necesidades, la vida no se resume en ella sola; luego de satisfecho el estómago se necesita algo más, y también esto exige una satisfacción inmediata. Del origen de estas necesidades, al parecer secundarias, y de la conquista de los medios para satisfacerlas, nace el desarrollo de la inteligencia del hombre; por ellas se han realizado todos los progresos, se han engrandecido nuestras facultades y hemos llegado á las sutiles complicaciones de nuestro pensamiento.

Vosotros que habéis destruido el derecho divino, que habéis demostrado la unidad de la raza humana, enumeradnos las razones que justifiquen el que hoy, el derecho á gozar de los progresos conquistados, está reservado sólo á una escasa minoría, mientras que el resto vive condenado á trabajar y sufrir por ésta, eternamente excluido de la belleza de las cosas, cohibido en todo cuanto facilita su desenvolvimiento.

Es preciso respetar los derechos adquiridos, se nos dice, y según eso, nosotros, que hemos sido robados, nos habremos de resignar á ser robados eternamente por no turbar la digestión de los que gozan con nuestros productos.

Porque la injusticia de vuestra sociedad nos ha hecho nacer pobres, ¿es preciso que nos resignemos á ser siempre bestias de carga á vuestro servicio? ¿Debemos renunciar para siempre al desarrollo de nuestras facultades consintiendo que una minoría acaparadora de los medios de desarrollarlo nos prive de ello?

Esta resignación podría esperarse cuando viviáramos en la ignorancia; pero hoy que sabemos lo que somos y á dónde podemos llegar, no esperéis detener las reivindicaciones que amenazan arrancaros este orden social que os es tan querido. «Un trastorno social—añaden—podría producir injusticias mayores que las actuales, hacer retroceder á la humanidad y destruir los progresos realizados hasta el día.»

Además de que tales temores, aun siendo sinceros son infundados, ¿cómo queréis que sean tenidos en cuenta por aquellos que vuestra sociedad aplasta? ¿Creéis acaso que los que mueren de hambre en la actualidad pueden temer que su situación empeore? ¿Qué importa la desaparición del progreso á los que no le conocen más que por los sufrimientos que les reporta? Los que sufren no pueden conocer lo que vosotros teméis que desaparezca, porque les impedís que su cerebro se desarrolle.

*
* *

Si tanto temor tenéis á un regreso á la barbarie, aconsejad á los felices que hagan alguna concesión.

De un lado estamos los que sufrimos y lo producimos todo sin poseer nada; de otro los que viven en la holganza y poseen cuanto con nuestro esfuerzo creamos, y cuando se trata de hacer concesiones, pedís nuevos sacrificios á los que sólo tienen sufrimientos para distribuir.

Cuando nos levantamos para reclamar el derecho á la vida, nos aconsejan tranquilidad, procurando hacernos vivir de esperanzas é ilusiones, hasta que los que todo lo poseen quieran concedernos un hueso para roer.

Los privilegiados que gozan de todo y que les basta querer para que todos sus deseos se realicen, ¿no ha de llegarles nunca el turno de hacer algún sacrificio á esta famosa ley del progreso, á la que con tanta frecuencia invocan?

El famoso Crespo que, molesto por tanta riqueza arrojó su anillo al mar, como sacrificio á la excesiva felicidad de que gozaba, con su modestísima ofrenda, venía á decir que cuanto poseía era en detrimento de los demás. Nuestros actuales capitalistas carecen hasta de ese sentimiento. Ante los más atroces sufrimientos, su corazón no se conmueve, y nunca se han apercibido de que su lujo y despilfarro representan las miserias y privaciones de los demás.

Estamos hartos de pedir y esperar. No es un poco de justicia lo que pedimos, sino la justicia entera íntegra; no pedimos para después de muertos; queremos una transformación social que nos emancipe inmediatamente.

Por eso, lejos de restringir nuestro programa y de disminuir nuestras reclamaciones, las queremos mayores y más numerosas; queremos un estado de cosas en donde todas las aspiraciones humanas puedan tener completa satisfacción.

Hemos demostrado infinidad de veces lo falsas y mentirosas que son vuestras promesas.

La organización capitalista es tal, que los mejores deseos, no son más que ilusiones impracticables que producen un efecto, sí, pero es el de hacer perder de vista á los trabajadores la finalidad real de sus derechos lanzándolos á la conquista de reformas quiméricas.

* * *

Nosotros estamos convencidos de que la sociedad actual no cambiará bruscamente, y que las revoluciones que se preparan no son sino etapas sucesivas de lo que queremos realizar; pero de lo que también nos convencemos más y más cada día es de que no son las reformas políticas las que prevalecerán. Las únicas reformas posibles serán las que surjan de la acción individual transformándose bajo la influencia de un ideal superior, evolucionando por el empuje de nuevos horizontes y adaptándose á las circunstancias progresivamente.

La revolución social será el huracán que allane los obstáculos que se opongan al espíritu nuevo, el último esfuerzo para el triunfo definitivo, realizando todo cuanto la evolución general permita realizar.

Para que una reforma se realice, no sólo hay que procurar su triunfo, preconizándola aisladamente, sino que precisa propagar todo el ideal fecundo del cual ella forma parte y aprender nuevas formas de vida más lógicas, que impulsándonos hacia una transformación radical nos hace hallar, sin detenernos en el camino, las etapas inevitables por las que ha de pasar la evolución humana.

Obrando así no sabemos los grados de evolución que podemos realizar, puesto que ello dependerá también de la evolución que hayan hecho los que nos rodean, pero

con todo habremos hecho cuanto nos es posible dadas nuestras fuerzas individuales y habremos vivido una parte de nuestro ideal, puesto que hemos luchado para hacerlo comprender y realizar.

JUAN GRAVE.

Traducción de Antonio López

CIENCIA Y ARTE

ESCUELA Y CRIMINALIDAD

En otro artículo mío, hablando de las causas sociológicas de la disminución del delito en Australia, referentes á las condiciones actuales del novísimo continente y de sus islas adyacentes, me refería á los factores moralizadores que han hecho de esas tierras, no hace mucho destinadas á la deportación, uno de los países más laboriosos y honestos del mundo.

Es mi propósito ocuparme hoy, aunque de un modo rápido y superficial, de la relación entre la extensión de la cultura—tanto en la población natural como en la población inmigrada—y la disminución de la criminalidad.

No han faltado positivistas de la escuela antropológica italiana que han pretendido demostrar que la instrucción no ejerce más que una influencia limitadísima como preventivo mental de las distintas manifestaciones del delito, sea que proviniesen exclusivamente del individuo ó del ambiente exterior. No pocos han afirmado también que, por el contrario, en algunos monstruos morales, la instrucción no había hecho más que refinar sus tendencias de crimen.

Ahora, si esto es cierto, en algunos casos excepcionales, y cuando por instrucción se entiende la simple cultura de las facultades mentales, sin una completa educación del alma, con aquella sabia gimnasia del sentido moral, que debería ser el primer elemento de la escuela moderna; en este caso, si en vez de una racional cultura de la razón y del sentimiento, como es aquella que forma la base de la instrucción popular de las colonias británicas de Australia, se les ha dado un intelectualismo neurótico y refinado, los resultados no podían ser otros que los indicados por los mencionados antropólogos.

Pero ante todo, he de decir dos palabras sobre la delincuencia australiana, que puede dividirse en *endémica* y *exótica*; aquélla, esto es, que trae su origen de los caracteres étnicos, de las costumbres, de las perversiones especiales de la población indígena, y la otra cuya raíz fisiológica y social arranca del material humano de importación, y que reproduce por estas tierras extremas del Sud, el mismo proceso ético-morbo de la delincuencia, propia de las viejas civilizaciones septentrionales. Naturalmente, el contingente de una de esas formas lo constituye el elemento indígena, y el de otro el elemento de origen europeo.

Sería el caso de preguntar si también desde el punto de vista de la evolución histórica, pueden sociológicamente llamarse delitos algunos hechos juzgados, no sólo lícitos, sino necesarios, tanto por las costumbres religiosas y sociales de las tribus indígenas, tales como las de comerse los muertos ó las del rapto ó la venta de la mujer en substitución del matrimonio, y otros más.

Los homicidios cometidos en Australia por los negros contra los blancos y viceversa, constituyen la delincuencia especial de los países australianos, y representan la forma más brutal de la *struggle for life*, basada sobre un odio atávico de raza que ninguna de las sabias disposiciones legislativas podría destruir.

En vano la «*native police*» compuesta de agentes negros bajo la dirección de los blancos, trata de representar el principio de la defensa social con un *trait d'union* entre las dos razas: el odio entre ellas es más potente que todas las buenas intenciones, y la lucha, sorda, pero incesante, prosigue, y de tanto en tanto algún colono blanco que se aventura á internarse en los bosques aparece asesinado, y más á menudo todavía, el cadáver de un negro viene á probar que en esta represalia feroz, cuyo éxito final no puede ser dudoso, la raza superior no es menos salvaje que la otra.

El objeto de la «*native police*» es refrenar las agresiones de los blancos y detener las de los negros culpables de herir ó matar á los blancos.

Pero á menudo, el primer objetivo no se alcanza, porque los jurados, compuestos de personas blancas, absuelven casi constantemente á los colonos acusados de delitos contra la gente de color. El negro que tiene el instinto de reconocer en los bosques las huellas de las personas, no es descubierto muchas veces, porque ó el culpable pertenece á la misma tribu de la cual forma parte el agente negro, y entonces no lo detiene, ó halla el modo de advertirlo á tiempo para que huya, ó si pertenecen á una tribu enemiga valiéndose de la superioridad de las armas, suele aportar, en vez de la justicia, la venganza asoladora en la tribu enemiga, apoderándose de las mujeres y de los niños.

He aquí como una institución, que sugerida por el espíritu práctico inglés, debía haber representado la policía ideal para corresponder á las exigencias de una población en la cual los odios y los antagonismos de intereses, sobre el espíritu de raza, son tan profundos é invencibles, vese ayudada en su inutilidad por la peor de las delincuencias: la de los representantes de las leyes, en nombre de las leyes mismas y bajo el impulso de la más bestial impulsividad.

Afortunadamente, el sistema judicial calcado en el sistema inglés, constituye un correctivo al funcionamiento, algunas veces caótico, de esta rama de la policía australiana.

La justicia penal, con leves variaciones, según las diversas colonias, es administrada con orden jerárquico en las *city-courts*, corte cívica, en las *county-courts*, corte de contea, equivalente al tribunal de apelación de otros países, y en el *Tribunal Supremo*, que resuelve las cuestiones de derecho. La costumbre y la jurisprudencia, como en Inglaterra, y á imitación de los pretores romanos, suplen á la falta por otra parte no deplorada, de las leyes escritas y de las codificaciones sistemáticas. Se hallan á cargo de la administración de la justicia las mejores inteligencias y conciencias jurídicas del país, constituidas en una excelente posición económica y moral. La función represiva, si no se halla exenta de errores, porque ya su mismo origen es un error, está por lo menos sana, exenta de los vicios orgánicos que roen los organismos de otros países.

La delincuencia étnica de las razas indígenas de los delitos contra la propiedad,

constituyen el número más pequeño de la criminalidad australiana: todo se reduce á leves hurtos campestres de alguna oveja ó de algún utensilio agrícola; mientras que en las poblaciones urbanas el número mayor lo dan aun hecha la proposición de los ataques graves contra la propiedad, complicados con delitos contra las personas, la raza conquistadora ó blanca, maestra de los indígenas; la cual, por otra parte, está muy adelantada en los vicios propios de las viejas civilizaciones: alcoholismo, abusos eróticos y abuso del tabaco con todas las consecuencias desastrosas de la degeneración fisiológica y moral.

Aquí, en el novísimo continente y en toda la Australia británica, son muy raros esos grandes delitos, tan frecuentes entre aglomeraciones europeas y americanas, y de las cuales no nos llega más que el leve eco como repercusión de un mundo lejano y desconocido. Solamente de tanto en tanto las crónicas criminales de las grandes ciudades, como Melbourne, Sidney, Adelaide, tienen ocasión de registrar algún hecho de sangre emocional debido, las más de las veces, á alguno de aquellos misteriosos *commis voyageurs* del delito, sembrando el terror en su camino, y casi siempre del elemento venido de los países septentrionales, puesto que los naturales de aquí, blancos ó negros, hallan en la educación y en la instrucción largamente difundida, y más aún en las felices condiciones de vida económica, los más fuertes estímulos para una laboriosidad honesta y tranquila.

Los mismos indígenas de las tribus salvajes, á despecho de la leyenda que han hecho de ellos los prototipos de los antropófagos, si lo fueron, cesaron de serlo desde hace mucho tiempo, y contra las doctas disertaciones del célebre fisiólogo berlinés, doctor Krenge, que coloca al indígena australiano, física é intelectualmente, en el último escalón de la humanidad, no presentan aquellas especiales características de antisociabilidad y crueldad que han hecho del salvaje, según las conclusiones de algún antropólogo criminalista, un equivalente antropológico del delincuente.

Basta hacer aquí en Australia la comparación entre estos miserables residuos de una raza vencida y condenada á la extinción total y los representantes de la raza caucásica cuando soplen sobre éstos las bajas pasiones del interés egoísta y de concupiscencia, y que afortunadamente no han podido difundirse sobre estas tierras, aún casi vírgenes.

Una dolorosa excepción á esta especialidad del espíritu público australiano es la creada por la atmósfera moral saturada de bajas pasiones, propia y exclusiva de la vida de las minas, las que también constituyen, como todos saben, la más grande fuente de riqueza de estas colonias. Allá en las riquísimas mineras de oro ó de plata, las más abundantes del mundo entre las legiones cada vez más crecientes de los trabajadores llegados de todos los países, el clásico demonio del rubio metal es de las carnes y de los espíritus una fiebre maligna, de la cual nacen, como de una fermentación, las estafas y las violencias, los suicidios y los homicidios, mientras las necesidades y la *malaria* de los pantanos degeneran el organismo físico, produciendo una infinidad de enfermedades como la *miner's disease*, especie de bronquitis crónica, mixta á clorosis y á neurastenia general, de donde, como se comprende, pueden surgir con la mayor facilidad las más profundas perturbaciones nerviosas y psíquicas aptas para crear en los enfermos y en su prole el más espantoso substrato fisiopático de delincuencia. Así que estamos en el caso de preguntar si estos gérmenes preciosos de oro y plata, de los cuales Australia se enorgullece, son del germen de una futura disolución moral.

Entre tanto, como un vasto y poderoso dique de prevención social se eleva en todas las colonias siempre más triunfante la escuela. En la colonia Victoria, la emulación es admirable entre las instituciones, tanto de educación pública, como de educación privada, cuyo resultado es el siguiente: que el analfabetismo con el consiguiente embrutecimiento moral ha desaparecido casi por completo de esta tierra, la última que ha entrado en el concierto de las sociedades modernas.

Al futuro ciudadano australiano, por una sabia prevención pedagógica, se le enseña, primeramente, el alfabeto del mundo moral, esto es, los elementos de sus deberes de hombre antes que las nociones técnicas de la cultura mental. Ahora bien; recientemente he podido comprobar en los registros de las cárceles que, muy pocos de los que habían recibido la educación en las escuelas públicas ó privadas de las colonias, habían pasado por la triste suerte de la criminalidad. Los más, entre los reclusos y los que sufren alguna condena son, como decía, mercaderías de importación.

La colonia del New South Wales gasta en provecho de las escuelas, anualmente, más de 700.000 esterlinas, ó sea 17 millones y medio de francos. Existen en dicho territorio más de 3.500 escuelas públicas concurridas por unos 270.000 alumnos de ambos sexos. Desde el punto de vista de la higiene y de la capacidad de los locales, de la utilidad de los programas y de la capacidad del personal docente, los institutos públicos de educación responden á los más altos ideales modernos.

En la colonia del South Australia, sobre una escasa población, hay 839 escuelas públicas con otros 2.000 maestros y 120.000 alumnos de ambos sexos. En la colonia de Queensland, que supera muy poco á los 500.000 habitantes, hay más de 850 escuelas públicas con 1.900 maestros y 92.000 discípulos.

En la Tasmania, á pesar de la exigua población, se cuentan cerca de 300 escuelas con otros 350 maestros y 30.800 discípulos. En la Australia Occidental, sobre una población de 200.000 habitantes, existen más de 250 escuelas públicas con 300 maestros y más de 17.000 alumnos.

En la Nueva Zelandia, donde en estos últimos años los progresos fueron inmensos, la cifra de los analfabetos se redujo al 5 por 100. Hay 1.496 escuelas, 4.670 maestros y 195.000 alumnos de raza blanca, además de 96 escuelas indígenas. Hay, además, 357 bibliotecas públicas con más de 500.000 volúmenes. Y, sin embargo, la población no supera á los 800.000 habitantes. Y he aquí una particularidad de mi tesis: En la Nueva Zelandia, donde la educación pública y el *bienestar material* hacen sentir más y mejor que en todas las otras colonias australianas sus benéficos efectos, no hay más que dos y media condenas por cada 15.000 personas anualmente, y de éstas la mayor parte por ebriedad ú otras leves contravenciones. Los delitos de sangre son escasísimos.

Así también, en las otras islas adyacentes menos importantes de la Australia británica, la instrucción pública es objeto de la mayor atención, porque, además de ser considerada como un factor poderosísimo de cultura general y de progreso material, lo es al mismo tiempo de preventivo eficaz contra el morbo de la delincuencia.

Hasta en la Nueva Guinea, donde los habitantes indígenas, los papui representan una de las razas más atrasadas del mundo, física é intelectualmente, hasta en la isla de Norfolok, que fué desde principios de este siglo una de las penitenciarias más horribles, donde solían enviarse los reincidentes más peligrosos y los galeotos que, transportados desde Inglaterra á Sidney, hubieran cometido allí nuevos crímenes, y aun en las islas Fijias, donde la raza indígena hace apenas veinte años dejó las atroces

prácticas del canibalismo, la escuela, este faro de civilización, ya difunde sus rayos luminosos y benditos sobre la mente y los corazones todavía paralizados en los confines de la barbarie.

Quiero terminar estos breves apuntes sobre la cultura pública y la delincuencia en la Australia británica con la historia característica de la célebre penitenciaría de Norfolk ya citada.

Los trabajos á que eran sometidos los presos eran duros y fatigosos; la disciplina casi feroz, y á la menor tentativa de rebeldía se infligían los más atroces castigos, y no raras veces los instigadores eran fusilados, sin formalidad de proceso, cuando no se suicidaban por desesperación, lo que era muy frecuente.

Por más que fuesen sepultados en un rincón del Océano, la fama de las crueldades perpetradas llegó á levantar en Australia un movimiento de opinión pública que se opuso á la deportación de los delincuentes, cuya propaganda hizo camino hasta en las Islas Británicas. Así que desde 1856 se suspendieron las deportaciones á las islas mencionadas, y ahora este antiguo receptáculo de malhechores y de carceleros, aún más feroces que aquéllos, se ha vuelto una colonia feliz.

Años hace que se descubrieron en la pequeña isla de Pitcairn, que se creía sin habitantes, algunos ex galeotos que, después de una rebelión, habían podido refugiarse allí y procurarse mujeres por medio de raptos, se volvieron padres de familia laboriosos y honestos. Ciertamente es que la mayor parte de ellos sólo eran criminales de ocasión, cuyas causas de índole sociológica desaparecen con un mediano bienestar.

Una vez descubiertos y detenidos los ex galeotos y sus hijos, puesto que las penas se habían prescrito, pidieron al gobierno inglés que se les enviara á la isla de Norfolk, donde ya no se mandaba ningún delincuente, y que se les dejara la isla para cultivarla, cosa que el gobierno inglés concedió al momento.

Hoy día la isla maldita es la florida isla del libre trabajo de estos sobrevivientes de los presidios y de sus hijos.

Días hace una Revista pedagógica de Lidney traía el discurso con el cual el gobernador inauguró una nueva escuela educativa y profesional en la isla de las lúgubres memorias. El discurso termina con estas palabras: «Es de estas playas donde un día el dolor de la pena maldecía la fatiga esta nueva institución sagrada á la mente, al corazón y al brazo de los hijos de aquellos que aquí sufrieron, sea el favor de una nueva tradición de la isla de Norfolk sobre los mares de Australia, y sepa el navegante al pasar que el *trabajo libre* también aquí, de la escuela y los campos, es al fin bendito y saludado como el solo redentor de las culpas humanas. Y he aquí una batalla vencida en nombre de la luz, en nombre del amor...»

He querido transmitir textualmente estas sabias palabras porque resumen todo mi pensamiento. En ningún lugar mejor que en la escuela de Norfolk podría escribirse la frase de Taine, por más hiperbólica que ella pueda parecer á los pesimistas: «Por cada escuela que se abra, una prisión se cierra.»

Las paredes de la tétrica penitenciaría allá están para testimoniar que, al menos, por lo que respecta á estos pueblos nuevos, dicha frase no es una mentira.

CHARLES ALDERMAN.



UN GRAN INVENTO

De New-York al Havre en tres días.—El nuevo submarino de mister Gresham.—Consideración final.

Un sabio americano, Mr. J. Gresham, trabaja en la construcción de un submarino destinado á eclipsar todos los inventados en estos últimos tiempos, con el que se propone atravesar el Atlántico en tres días; su velocidad será de unos 150 quilómetros por hora, de modo que podrá dar la vuelta al mundo en veinticuatro días.

Por quiméricos que parezcan esos números, el invento de Mr. Gresham tiene ya un fundamento positivo; el sabio ingeniero ha construido y ha hecho funcionar un modelo de tres pies de longitud, y los resultados satisfactorios de este primer ensayo han decidido la construcción del gran submarino que, según la promesa del inventor, cruzará el Atlántico y visitará los puertos franceses en la primera quincena de Agosto del año corriente.

Mr. Gresham declara que no ha imitado á los inventores modernos, y que, remontándose á la antigüedad, ha tomado de Arquímedes la idea fundamental de su sistema, consistente en una ingeniosa aplicación del tornillo hidráulico que el inmortal defensor de Siracusa inventó hace más de dos mil años.

En efecto, Mr. Gresham aplica el tornillo de una manera original: ha rodeado de una espiral la superficie exterior del barco, el cual tiene una forma cilíndrica, terminada por un cono á cada uno de sus dos extremos; atraviesa toda su longitud un árbol movido por un poderoso motor, y este eje, unido á su envoltura exterior, obliga á ésta á rodar al compás de aquél, arrastrando la espiral en este movimiento. El sistema tiene alguna semejanza con el de los antiguos molinillos de café, cuyas esferas metálicas se movían por el contacto de una con otra por medio de una manija.

Estos buques, respecto de los paquebots actuales, vendrán á desempeñar análogas funciones que los trenes rápidos comparados con los mixtos ó los de mercancías: sólo se admitirá en ellos pasajeros y la parte absolutamente indispensable de su equipaje; las maletas y demás bultos más ó menos voluminosos se expedirán antes ó después en los barcos ordinarios. Serán calentados é iluminados por la electricidad, y de tiempo en tiempo se podrá remontar á la superficie para renovar el aire, pudiéndose también, en caso necesario, renovarlo por procedimientos químicos.

En cuanto al motor, Mr. Gresham afirma que difiere de todos los que existen actualmente, y, según parece, gracias á combinaciones químicas originales, ha obtenido un motor de poco peso y de potencia enorme, capaz de prestar grandes servicios, no sólo en la navegación submarina, sino también en la aérea, lo cual no es improbable, teniendo en cuenta que Mr. Gresham es célebre por sus inventos químicos y mecánicos.

Si el barco actualmente en construcción no defrauda las esperanzas que ha hecho concebir el lisonjero éxito de los ensayos preliminares, pronto el nombre de Gresham ocupará un puesto de honor al lado de los nombres célebres de Graham Bell, Edison y Tesla.

Las consecuencias de este invento, digno corolario de la rapidez de comunicaciones telegráficas y telefónicas, pueden ser grandes, dado el gran desarrollo de los pueblos que habitan las tierras descubiertas por Colón.

¡Quién sabe dónde irá á parar la hegemonía que Europa impuso á América por medio de la cruz, la espada y los cascabeles!

Por lo pronto, Europa es hoy tributaria de los *truths* yanquis.

Confiemos en los efectos niveladores á la vez que progresivos de la futura y tal vez próxima revolución social.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Voy á anotar entre estas sumarias impresiones de arte un hecho obscuro que apenas ha notado toda esta bohemia pobre y andrajosa que al teatro se dedica en la capital de España. Esta gente se limita á cambiar valores admitidos en el mercado de la murmuración pública, y cuando un hecho inesperado lanza á la vida un valor no clasificado todavía lo pasan por alto, así tenga más importancia que muchos otros de ruidosa circulación.

El suceso á que me refiero es el episodio de la historia de un músico en Madrid. Amadeo Vives vino á la capital después de estrenar en Barcelona una ópera, *Artús*, que obtuvo un éxito ruidoso. Aquí se le dijo que si quería vivir no tenía otro remedio que escribir algo para los teatros por horas. Estrenó hace dos años un sainete lírico que mereció los honores de la pateadura, y gracias á este primer fracaso tuvo alientos para escribir una zarzuela grande titulada *Don Lucas del Cigarral*.

Leyó la obra, entre otros, al maestro Chapí, al cual le pareció muy bien. Y en efecto, la obra valía, no porque Fulano ó Zutano lo dijera, sino porque valía. Si la zarzuela hubiese sido mala, á pesar de la protección, no diré de un maestro, sino del empresario, no se hubiese puesto, y de ponerla hubiese fracasado. Esto es tan claro como la luz del sol; y sin embargo, porque el maestro Chapí recomendó la obra de Vives y ésta obtuvo en Barcelona mayor éxito que el *Curro Vargas*, los admiradores de aquél pusieron el grito en el cielo y pretendieron hundir al novel autor, ponderando su ingratitude y presentándolo como un individuo repugnante.

Las puertas del teatro de Parish le fueron cerradas y asimismo se intentó desterrarle de otros teatros. Se le pintó maquinando fracasos de obras ajenas, organizando camarillas formidables, y cuando se supo que ya no se estrenaba su nueva ópera *Euda de Uriach* en el Real, respiraron los conjurados.

Pero todas estas intrigas se estrellaban ante la tenaz laboriosidad de Vives. En vez de perder el tiempo conspirando, se acercó más y más al público escribiendo obras sencillas para que todos las comprendiesen. En menos de un año ha estrenado *La Luz Verde*, *La Preciosilla*, *El Rey de la Alpujarra*, *Campanas y Cornetas*, *El Escalo* y *Viaje de Instrucción*, ha escrito otras dos zarzuelas no estrenadas todavía y ha dejado casi terminada su grande ópera.

Y el pueblo ha recibido siempre con aplauso los esfuerzos del joven autor. Mientras se deslizaba lánguida la campaña de Parish, el teatrillo que acogió á Vives triunfaba como nunca. El maestro Chapí, que ha tenido la mala idea de convertir en duelo á muerte lo que había de ser noble y franca emulación, ha visto como el público se alejaba de su lado: cuando no se regateaban los aplausos á sus colaboradores se oía su música con marcada frialdad.

El pueblo no entiende de intrigas vulgares, ni le importan las supuestas ingratitudes. Encuentra en las obras de Vives un frescor de juventud, un discreto orquestal que le seduce y allá se va con él y le aplaude y le vitorea.

Así, durante toda la temporada se ha preparado lo que un día u otro tenía que suceder. La empresa enemiga ha tenido que disolverse, y en el mismo Teatro Parish ha entrado Vives como triunfador. Valentín González le pidió que le dejase representar su *Don Lucas del Cigarral*, y al anuncio de la representación única de esta obra el público llenó el teatro y tributó una ovación delirante al vencedor.

Llamadas á la escena, vivas entusiastas, gritos de «ya era tiempo», repeticiones de números que no se habían repetido nunca, mueros irritados al enemigo, de todo hubo en esta representación memorable. El pueblo quería coronar á su hombre, el que ha encontrado medio de ser artista refinado aun en las zarzuelitas y sainetes.

Dúelase quien quiera de las ingratitudes populares. También la vida es ingrata y abandona á los viejos. Yo prefiero cantar las excelencias de esta ingratitud, porque gracias á ella no se suspende la eterna renovación de las cosas y de las ideas.

*
* *

En un tomo titulado *Semi-Teatro* he leído dos dramas de Ruiz Contreras que no ha podido encontrar quien se los representara. Necesita el autor el juicio del público y no pudiendo solicitarlo desde el escenario de un teatro, trata de obtenerlo con la publicación de sus obras.

En *Pródigo* lo principal es un temperamento, quizás algo parecido al del autor; en *Los Padres y los Hijos* hay una idea preconcebida alrededor de la cual se agrupan personajes y situaciones.

El hombre bueno visto á través del ideal cristiano se nos presenta encarnado en Cristián. No hace falta explicar el argumento de la obra: el lector asiste al espectáculo de un despojo con todos sus accidentes y repugnancias. El egoísmo brutal, la mala entraña, la intriga asquerosa, son los elementos que el autor pone en juego para despojar al pródigo. Luego, como pincelada de claro-oscuro psicológico presenta á los buitres ejerciendo la caridad, dando limosna al despojado. Cristián, el hombre bueno, les perdona en medio de su desolación y de su ceguera física.

Es difícil juzgar del efecto que la obra produciría en el teatro: las escenas me parecen bien trazadas, la obra no carece de cierto movimiento lógico y los gacetilleros se verían un tanto molestos para aplicar al drama sus frases hechas acerca de la *consistencia* de los caracteres, de la *verosimilitud* del argumento y de la *verdad* de las situaciones.

Tampoco discutiré el ideal de mansedumbre cristiana, de resignación á todo trance que Cristián parece defender. Si no hubiese conocido nunca el ideal cristiano Cristián pensaría lo mismo: no es el ideal el que ha hecho el temperamento, sino éste el que ha creado el ideal.

Lo que ha visto realmente el autor es el carácter del hombre, que no tiene facultad agresiva para defenderse. Allí hay un renunciamento físico muy distinto del renunciamento de tal ó cual doctrina religiosa. Y un carácter así no puede ser hondamente trágico. El drama fuerte consiste en el choque de dos elementos humanos que á pesar de su vigor y sanidad interiores han de aniquilarse en la lucha.

El espectador glorifica al que obtiene la victoria y compadece al vencido, porque había amado á los dos. No hablo de los personajes, sino de los elementos psicológicos

que entraron en la lucha. Y en esta obra no hay lucha posible: hay el espectáculo deprimente del despojo. El lector experimenta una sensación de disgusto ante el alma enfermiza que carece de agresividad; y aun el hombre religioso recuerda que Jesucristo entró una vez en el templo esgrimiendo el látigo contra los mercaderes.

En *Los padres y los hijos* se defiende la idea de que el verdadero padre no es el que engendró el nuevo ser, sino que lo es el que le educa y le nutre y le hace hombre. Esto puede ser verdad y puede no serlo; lo cierto es que no me importa. Además, en una obra científica se aclararía mejor esta cuestión.

Agustín es otro tipo parecido á *Cristián*, pero en este drama se completa la visión deprimente del anterior, presentando al hombre activo y haciéndole fracasar. Esta obra me parece muy inferior en todo á la primera.

* * *

Se ha publicado en español una novelita de Guy de Maupassant, titulada *La casa de placer*. Es casi un modelo de lo que puede hacer el escritor *agradable*. Su naturalismo no es nunca repugnante. Presenta el personal de una casa de prostitución con suma pulcritud y tiene la bonita idea de trasladarlo en masa á una aldea donde nadie las conoce para hacer asistir á las cortesanas de poco precio á una primera comunión.

No falta en la obrita un buen humor delicado que atrae. Pero en esta novela corta, como en las demás, grandes y pequeñas, del mismo autor, lo principal es la gracia con que dice las cosas, la naturalidad con que prepara las situaciones y la verdad con que observa las cosas pequeñas.

Sin embargo, la frivolidad perenne de este autor acaba por fatigar cuando se leen muchas cosas suyas. Su visión ligera de la vida se hace al fin insoportable.

* * *

Entré sin ninguna clase de prejuicios á ver la exposición de carteles que se han presentado al concurso de *El Liberal*. Confieso no haber visto en mucho tiempo un espectáculo más deplorable. Un amigo que venía conmigo expresó su fastidio de una manera terminante: *Este concurso, me dijo, tendría que declararse desierto.*

Como esta es una crónica de arte, no puedo prostituirla hablando de los mamarrachos que se presentaron á optar al premio de *El Liberal*. La verdad es que un periódico de gran circulación capaz de pagar las críticas del Sr. Balsa de la Vega, ya podía esperar que los artistas no acudirían á su concurso.

Porque en esta exposición había algo más que deficiencia técnica y carencia de ideal artístico; no había ni siquiera el sentido de la pintura. No puede decirse que posea una vocación íntima por la pintura el que no tenga el sentimiento estético y plástico de la imagen y la visión intrínseca del color.

Los modernos pintores españoles demuestran en esto su impotencia; ninguno de ellos ha tenido la visión de la imagen realmente pictórica. Se empeñan en querer que la pintura exprese cosas que le son impropias y se agarran al argumento, á la anécdota; así, una exposición parece una sección ilustrada de la página de los sucesos de un diario. Muertes, asolamientos, fieros males, un Quijote que parece sardina en escabeche cogido en la pala de un molino, etc., etc. Estos infelices se quedan atónitos delante de un retrato de Velázquez, porque dicen que aquello no *significa* nada.

Asimismo no saben qué significa la visión del color, ignoran que puede ser ésta una visión íntimamente fundida en el alma del artista y de su pueblo. Creen que el

pintor puede escoger libremente sus colores, y por esto su arte es académico, frío, sin emoción alguna.

El verdadero artista tiene una visión interior más ó menos consciente, no solamente de su cuadro sino concretamente de los colores de su cuadro. Su color es propio de su alma y ha de ser forzosamente aquél y no otro, porque sin él no *ve* nada.

Se me figura que cada raza tiene una gama propia de colores, impuestos, no solamente por el ambiente exterior, sino por su propia estructura psicológica. Para mí, Velázquez es un artista heroicamente representativo, porque el color feroz y lúgubre de sus obras nos habla tan íntimamente del alma castellana como la mejor página del *Don Quijote*.

Una vez al entrar en San Francisco el Grande, adonde fui á contemplar las mentidas maravillas del moderno arte pictórico español, experimenté una sensación molesta de profundo disgusto. Allí está expuesta con gran aparato la impotencia del alma nacional. Los que pintaron aquellas cosas no tienen nada que ver con Velázquez y Ribera, con Morales y Pantoja de la Cruz. No conocieron la sinceridad, porque su alma no les dijo nada, ó si les dijo no la comprendieron. Si el Greco se levantara de su tumba y entrara en San Francisco creería que una nueva invasión de los árabes había impuesto la gama salvaje de aquellos colores africanos.

PEDRO COROMINAS.

MARIDO Y MUJER

NOVELA

II

Volvió al fin la primavera.

Mi antiguo sentimiento de hastío cedió el puesto á una vaga abstracción henchida de esperanzas y de deseos confusos.

No vegetaba ya como al principio del invierno, sino que me ocupaba de la instrucción de Sonia, trabajaba en música y leía. Sin embargo, me gustaba ir sola al jardín, errar horas seguidas por los paseos y sentarme en un banco, sumida en no sé qué pensamientos que me llenaban de zozobra y esperanza.

Muchas veces, sobre todo durante la luna llena, solía pasar las noches de codos en el alféizar de la ventana hasta ver lucir la aurora. En ocasiones salía con la ropa de dormir, á escondidas de Katia, bajaba al jardín y corría por el rocío hasta la orilla del estanque. Una vez me alejé hasta el campo completamente sola, en medio de la obscuridad, y di la vuelta á todo el dominio.

Ahora me cuesta trabajo recordar y comprender los ensueños que obsesionaban entonces mi imaginación. Cuando logro evocarlos, me parecen tan extraños, tan distantes de la vida, que me pregunto cómo pude recrearme en ellos.

Serguei Mikhailovich, fiel á su promesa, volvió del viaje hacia fines de Mayo.

Hizo su primera visita á la caída de la tarde, en el momento en que menos lo esperábamos. Estábamos tomando el te en la azotea.

El jardín se hallaba cubierto de verde, y en los bosquecillos de arbustos habían construido sus nidos los ruiseñores. Las lilas, que empiezan á cuajar, anunciaban el

despertar de las flores con sus racimos matizados de blanco y de azul rosa. El follaje de los abedules se hacía transparente con el fulgor de la puesta. El rocío humedecía el césped.

En el patio, á espaldas del jardín, se apagaban los últimos rumores de la actividad del día, con el ruido del ganado que entraba en el establo.

Nikon el bobo llevaba el carro de la cuba por las calles del jardín que había delante de la terraza; la fría lluvia que brotaba de la regadera describía círculos negros alrededor de la tierra amontonada al pie de las dalias y de los soportes.

En medio de la azotea relucía y zumbaba sobre el blanco mantel el limpiísimo samovar; al lado había nata, hojuelas y tortas.

Katia, como buen ama de gobierno, lavaba las tazas con sus manitas rollizas. A mí me había abierto el apetito el baño, y devoraba una rebanada de pan y un platazo de nata, sin aguardar á que se sirviese el te. Llevaba una bata de lienzo con mangas abiertas, y recogido el pelo húmedo en un pañuelo.

Katia fué la primera que divisó á Serguei Mikhailovich detrás de la ventana de la sala.

—¡Ah!—le gritó.— ¡Precisamente hablábamos de usted!

Me levanté en seguida con el intento de ir á echarme una falda; pero él me sorprendió en el instante en que franqueaba el umbral de la puerta.

—¿A qué andar con etiquetas en el campo?—dijo mirando mi cabeza envuelta en el pañuelo, y sonriendo.— A usted no la importa que la vea Gregorio. Pues hágase usted cuenta de que yo soy Gregorio.

—Estaré aquí al momento—respondí—, y me esquivé.

—Pero ¿por qué?—gritó él de nuevo.— Si parece usted una hermosa aldeana recién casada.

«¡Qué original era su mirada!» pensaba al ponerme la falda apresuradamente... Es igual; me alegro de que esté de vuelta... Ahora estará esto más animado.

Después de darme un vistazo al espejo, bajé alegremente; sin disimular mi prisa, llegué á la azotea acalorada por lo que había corrido.

El estaba en la mesa exponiendo á Katia el estado de nuestros asuntos. Al verme, sonrió sin interrumpir la conversación.

Al punto comprendí que todo iba bien; nuestra situación era brillante. No teníamos que pasar en el campo más que el estío; en invierno éramos libres de ir donde nos pareciese, á San Petersburgo ó al extranjero, para completar la educación de Sonia.

—¿Y si usted viniese con nosotros al extranjero?—propuso de repente Katia.— Sin usted nos perderíamos allí como en un bosque.

—¿Qué más podría yo desear que dar la vuelta al mundo con ustedes?—dijo medio en broma, medio en serio.

—¿Y por qué no?—pregunté á mi vez.— Eso precisamente: ¡Demos la vuelta al mundo!

Sonrió y meneó la cabeza.

—¿Y mi madre? ¿Y los negocios?—dijo.— Vamos, dejemos eso, y cuénteme usted lo que ha hecho en mi ausencia. ¿Ha tenido usted mucho *spleen*?

Cuando le respondí que había trabajado mucho y que no me había aburrido nada, después de confirmar Katia mis palabras, me dijo algunas frases halagüeñas y me acarició con la mirada como á un niño, y como si tuviese el derecho de obrar así.

Sentí la necesidad de contarle en pormenor y sinceramente todo lo bueno que había hecho, y de confiarle, como si fuese un confesor, todo lo que me parecía que podía desagradarle.

Hacia una tarde hermosa, y permanecimos en la azotea después de levantado el servicio del té. Yo estaba tan embebida en la conversación que no noté la calma que empezaba á reinar en torno de nosotros. Por todas partes subía el perfume de las flores, cada vez más penetrante. Cubría la hierba un copioso rocío; empezó á gorjear el ruiseñor en el soto de lilas; pero espantado por el sonido de nuestras voces, calló. El cielo estrellado parecía descender sobre nosotros para envolvernos.

No eché de ver la creciente obscuridad hasta que entró sin hacer ruido un murciélago bajo el toldo de la terraza y empezó á revolotear alrededor de mi chal blanco. Me arrimé á la pared, é iba á gritar cuando el avechucho nocturno salió silenciosamente, desvaneciéndose en la sombra del jardín.

—¡Cómo me gusta el campo de ustedes!—esclamó Serguei Mikhailovich, interrumpiendo la conversación—. De buena gana pasaría toda mi vida sentado así en esta azotea.

—¿Y quién le impide á usted estarse sentado aquí siempre?

—Sí, sentado siempre—repitió—; pero lo que es la vida no está sentada.

—¿Por qué no se casa usted?—interpuso Katia—. Haría usted un excelente marido.

—¡Porque me gusta estar siempre sentado!—respondió rompiendo á reír—. No, Catalina Carlovna, no; el matrimonio no reza ya con usted y conmigo... Todo el mundo ha dejado de considerarme como un hombre casadero, y yo he hecho lo propio mucho antes que los demás, y desde entonces todo va á maravilla...

Me pareció que pronunciaba estas palabras con una jovialidad forzada.

—¿Qué está usted diciendo ahí?—exclamó Katia—. ¿A los treinta y seis años desengañado ya de todo?

—De todo... ¡Y de qué manera!... No deseo ya más que una cosa—continuó—¡el reposo! Y el matrimonio es todo lo contrario... Diríjase usted á esta joven—añadió, designándome con un movimiento de cabeza—. Ahí tiene usted una persona á quien casar. A nosotros sólo nos toca felicitarnos de su ventura.

Creí descubrir en el acento de su voz alguna violencia y un pesar oculto. Calló un instante, y Katia y yo respetamos su silencio.

—Figúrese usted—dijo al fin, revolviéndose en la silla—que por artes diabólicas del destino me casase con una muchacha de diecisiete años..., por ejemplo, con María Alexandrovna. Sí, es un ejemplo inmejorable, y me alegro de haberlo elegido... ¡Ya lo creo! ¡No podía encontrarlo mejor!...

Me eché á reír, no comprendiendo por qué se alegraba tanto y por qué le parecía ese ejemplo más concluyente que ningún otro.

—Vamos, dígame usted con toda sinceridad—añadió en tono de broma—¿no sería para usted una desgracia unir su vida á la de un viejo que, como yo, estuviese pasado y no aspirase más que al reposo, cuando Dios sabe lo que bullirá en su interior de usted y las cosas con que soñará?...

Me vi en un apuro y guardé silencio no sabiendo qué responder.

—No le hago á usted una proposición de matrimonio—continuó riendo—; pero respóndame con toda franqueza: ¿Es un marido como yo el que sueña usted, al pasearse sola por el jardín? ¿No sería para usted una desgracia casarse conmigo?

—No, una desgracia no; pero...

—Pero tampoco una felicidad—dijo para concluir mi pensamiento.

—No; pero puedo engañarme...

Me interrumpió de nuevo.

—Ya lo ve usted—prosiguió dirigiéndose entonces á Katia.— Tiene razón; de dos modos, yo le agradezco su franqueza, y me alegro mucho de que hayamos tenido esta conversación... Es más: ese matrimonio sería para mí la mayor de las desdichas.

—¡Qué singular es usted!—dijo Katia.— Bien se conoce que no ha cambiado usted nada.

Y hablando así se levantó para mandar que sirviesen la cena.

Después de salir Katia, uno y otro nos quedamos en silencio; á nuestro alrededor todo estaba en calma. Sólo se oía al ruiseñor, que cantaba ahora, no tímidamente como al principio de la noche, y parándose á cada momento, sino con voz reposada y sin darse prisa; llenaba todo el jardín con sus cascadas de notas, cuando desde el fondo de la cañada empezó á responderle otro ruiseñor. El del jardín calló un instante como para escuchar á su vecino; luego reanudó su canto con mayor energía y viveza, prorumpiendo en escalas y trinos sonoros. Los dos pájaros se contestaban, y sus voces se difundían por aquel mundo nocturno, poblado de misterios para nosotros, pero en el cual reinan ellos como en su propio dominio.

Pasó el jardinero para ir á la estufa, en donde se acostaba, y resonó en la avenida el ruido de sus pasos. Partieron de la colina dos agudos silbidos; después todo volvió á quedar en silencio. El follaje se estremeció levemente, un soplo agitó el toldo, y alrededor de nosotros se difundió por la terraza un perfume sutil.

Me contrariaba aquel silencio después de las palabras precedentes; pero no encontraba nada que decir. Miré á Serguei; sus ojos brillaban en la semiobscuridad; los dirigió hacia mí y dijo en voz baja:

—¡Oh! ¡qué hermoso es vivir!

Exhalé un suspiro involuntario.

—¿Decía usted?—preguntó.

—¡Sí, es hermoso vivir!—repetí.

Se restableció el silencio, y volví á sentirme cohibida. No podía menos de pensar que debía haberle entristecido asintiendo á su opinión cuando manifestó que era demasiado viejo para ser mi marido. Hubiese querido poder consolarlo; pero no sabía cómo.

—En fin, no tengo más remedio que volverme—dijo levantándose.— Mi madre me espera para cenar... Apenas si la he visto hoy.

—¡Y yo que quería que oyese usted mi nueva sonata!—exclamé.

—La tocará usted la próxima visita.

Me pareció que pronunciaba esas palabras muy friamente.

—Hasta la vista—añadió.

Comprendí más claramente que lo había herido, y me dió lástima. Katia lo acompañó conmigo hasta la escalinata, y las dos nos quedamos en el patio para verlo alejarse por el camino.

Cuando se apagó el ruido de las pisadas de su caballo volví á la azotea, dando la vuelta á casa. Me puse á contemplar de nuevo el jardín, de donde subía la niebla de la noche, y cuyos ámbitos llenaban todas las voces nocturnas, y empecé á fantasear según costumbre.

Serguei Mikhailovich volvió por segunda y tercera vez. La impresión penosa que había dejado en mi espíritu la conversación precedente se borró por completo para no reproducirse.

Durante todo el verano vino regularmente dos ó tres veces en semana y yo me hice tanto á sus visitas, que cuando las espaciaba más de lo usual, encontraba mi soledad muy amarga y le daba mis quejas, acusándolo de abandonarme. El me trataba como á un compañero joven, me interrogaba, me invitaba á abrirle mi corazón, me daba consejos, me alentaba, y á veces me reñía también y trataba de contener mis arranques. Pero, á pesar de todos sus esfuerzos por tratarme como á un igual, adiviné que había en su interior mucho más de lo que yo veía, todo un mundo cerrado para mí, donde él no juzgaba necesario dejarme penetrar; y eso era precisamente lo que más me atraía hacia su persona y lo que alimentaba el respeto que le tenía.

Supe indirectamente por Katia y por nuestros vecinos del campo, que, aparte de los cuidados que Serguei Mikhailovich consagraba á su madre, aparte de la administración de sus bienes y de la gerencia de nuestros negocios, tomaba parte en las asambleas de la nobleza, que le suscitaban muchos sinsabores. Sin embargo, jamás logré que me expusiese sus ideas y sus planes, ni que me hablase de sus esperanzas.

Cuando yo dirigía la conversación hacia ese tema, hacía un gesto muy particular que parecía decir:

—¿Qué interés puede tener eso para usted?—y hablaba de otra cosa.

Al pronto me confundió esa reserva; pero luego me acostumbré tanto á no hablarle sino de las cosas relativas á mí, que acabó por parecerme lo más natural del mundo.

Otra circunstancia que me disgustó en un principio, pero que me agradó después, fué la indiferencia absoluta y hasta el desdén, puede decirse, con que miraba mis prendas físicas. Jamás me dió á entender, ni con palabras ni con la mirada, que le pareciese bonita; al contrario, cuando otras personas me dirigían cumplidos en su presencia se echaba á reír, haciendo su gesto habitual.

Hasta se complacía en descubrirme defectos y en ridiculizármelos.

Los vestidos de moda con que á Katia le gustaba adornarme los días de fiesta y cuando esperábamos visitas, tenían el don de excitar sus sarcasmos, lo cual desconcertaba á la pobre Katia y me desconcertaba á mí completamente.

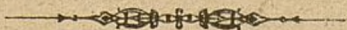
Ella se empeñaba en que Serguei Mikhailovich me encontraba de su gusto, y no podía comprender que no le agradara ver á la mujer preferida presentarse en sociedad de la manera más ventajosa. En cuanto á mí, penetré inmediatamente el pensamiento de mi amigo: anhelaba crearme exenta de coquetería.

En cuanto adiviné su deseo, no volví á dejar traslucir una sombra de coquetería en mi tocado ni en mis galas de los días de fiesta; pero en cambio caí en la afectación de la sencillez á una edad en que todavía no sabe una ser sencilla.

También á mí me constaba que me quería, aunque sin preguntarme si como á una niña ó como á una mujer; pero deseaba su cariño y, sobre todo, tenía empeño en que me considerase como la joven más perfecta del mundo, y conservase esa opinión de mí, aun cuando fuese errónea quizá.

LEON TOLSTOÏ.

(Se continuará.)



SECCIÓN LIBRE

«EL AMOR LIBRE» ⁽¹⁾

Del libro que aparecerá dentro de pocos días, titulado *El amor libre*, de nuestro compañero Charles Albert, copiamos al azar los siguientes párrafos:

«De todo cuanto acabamos de decir respecto al lugar del amor en la sociedad burguesa, de las hostilidades sordas ó violentas que contra él hemos señalado en la economía social, en las costumbres de la familia y leyes del Estado, se ha formado alrededor de aquel sentimiento como una atmósfera de antipatía, antipatía muy comprensible, por desgracia, y de la que se hace intérprete muchas veces la opinión pública.

Los términos para designar las uniones provenientes del amor libre, son muy sugestivos al respecto; son enlaces *irregulares*, *falsos* hogares, *pegotes*. Sabida es la severidad despreciativa de pueblos y aldeas para las solteras madres, y que en más de una grande ciudad no se las recibe en los hospitales en el momento del parto, sino después de humillantes formalidades.

Que una pareja unida por sólo el amor venga á ocultarse en un rincón de la ciudad, y observaremos que, si llega á encontrar un techo protector, sentirá sobre ella la mirada inquisitorial y desaprobatoria de los vecinos, así como la malévola curiosidad de los habitantes; se apartará á los niños de ese mal ejemplo, de tan pernicioso contacto; de manera que los nobles protagonistas de las racionales reproducciones se encuentran siempre en la ridícula posición de los saltimbanquis que divierten á bábiecas, ó de dementes soñadores de imposibles.

El enamorado, el hombre llegado á su más alta potencia—pues que el amor por sí sólo confiere el derecho de reproducirse sanamente—, es en nuestra despreciable sociedad el paria, el maldito, del que todos se apartan, si no es el bufón que hace reír. Y mientras que á los dócilmente unidos por la chalanería familiar preparan los padres un suave nido para sus impurezas, mientras que avisados comerciantes venden á la rica lujuria adornos suntuosos, los seres superiores, unidos por el sólo amor, buscan casi siempre, sin poder conseguirlo, un hospedaje á sus puras caricias.

Este encarnizamiento de un régimen de autoridad y de propiedad contra el amor es lógico, porque, como hemos visto, éste es factor de robo y de revuelta. El enamorado roba á la empresa social del trabajo forzado las horas de inacción dedicadas á su ensueño; roba á la familia y al capital el beneficio de las combinaciones financieras que echa abajo su pasión libre; da jaque á la autoridad por la libertad de su elección, recordándola que siempre se le escaparán ciertas fuerzas; y como el ladrón, como el revoltoso, clama por la vindicta social.

El presentimiento de esta antipatía nace á veces en algunos individuos con fuerza sorprendente. ¡Cuántas veces en los detalles de los suicidios narrados á diario por los periódicos, no se adivina en las víctimas como una dolorosa certidumbre de no poder vencer nunca tantos odios acumulados contra ellos, y como un disgusto de emplear en su defensa el tiempo tan corto debido á las caricias!

Ved si no el relato de este drama hecho con tantos detalles por todos los periódicos franceses, con fecha 6 de Julio de 1895:

(1) Biblioteca de filosofía y sociología, 2 pesetas tomo.

«En Mayo, Enrique Higard, de veinte años, y Juana Monin, de diecisiete, comen zaron á amarse. La madre de Juana, llamada á provincias, deja á su hija en la casa. Los dos enamorados, gozando así de toda independencia, dan libre curso á su pasión, pasión sana y vehemente, según declaró después el joven Enrique. Algunas semanas después, el 5 de Julio, al regreso de un paseo campestre, los dos amantes se suicida ban, sobreviviendo únicamente el joven á sus heridas.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué obstáculo infranqueable se había puesto entre esos dos seres unidos por atracción tan imperiosa? Ninguno real é inmediato, ningún obstácu lo más fuerte que la voluntad, ningún impedimento preciso. A nadie habían puesto al tanto de su secreto. Además de los debates judiciales que han seguido al drama, resulta que la madre de Juana y los padres de Enrique ni son duros ni severos; mada me Monin, sobre todo, parece buena y de espíritu tolerante, como se la ve más tarde acompañar á Enrique al cementerio para llevar flores á la tumba de su amada.

Ninguna razón, pues, autoriza á los jóvenes para creer que sus votos serían repu dia dos. Pero lo que les espanta es la confesión misma de su amor; es la perspectiva de esta revelación lo que les desespera. Antes de conocer el amor lo han visto ridiculi zado do quiera como una locura, anatematizado como una debilidad, infamado como un crimen; en este sentido se educaron y con esta idea concordaron sus observaciones personales. El sentimiento de su pureza, de su perfecta honestidad, no es bastante á destruir los frutos de su experiencia; se sienten engrandecidos, ennoblecidos por su amor; pero se avergüenzan de él, no se atreven á confesarlo.

¿Cómo habían de obrar? ¿Acaso no veían ya en las miradas maliciosas y en los equívocos de los vecinos el desprecio que inspiraban? Los pobres niños no pueden soportar esta hostilidad á su entusiasmo, ni el contraste entre su pura ternura y las villanas muecas con que es acogida. Esta idea les obsesiona, de ella procede su delirio, ella es la causa de su determinación.»

—«Más vale morir—dice Juana á su madre—que vivir despreciada del mundo. Ver todos los días las sonrisas irónicas de los vecinos es para mí tortura sin igual. Esto ha influido mucho en mi resolución.»

Y más adelante:

«Muriendo me llevo el desprecio de todo el mundo.»

Enrique, á su vez, sufre al notar tanta cobarde resistencia en torno de su hermosa pasión. Quisiera afrontarla, y por esto había escrito á su amada: «Quiero que nuestra amistad aparezca ante todos victoriosa y triunfante.» Después cede á las súplicas de su amiga, y prefiere la dicha de morir con ella á la incertidumbre de una lucha que presiente terrible.

El hecho lleva consigo una gran enseñanza. Este drama merece consignarse como el tipo de estos sacrificios humanos, en los que casi todos los días se inmolan y penan interesantes víctimas á la gloria y propiedad del Estado. Le hemos escogido entre mil que se parecen, porque los protagonistas no se estrellaron, como es frecuente, contra un obstáculo determinado de opresión social. Presintieron el odio total, univer sal y anónimo del mundo moderno contra el amor, y por esto quisieron matarse y morir los dos niños, denunciando y protestando con su suicidio contra este odio.

* * *

Resumiendo, en una palabra, las páginas precedentes, diremos que hay en la so ciedad burguesa como una fuerza tendente á mantener el instinto sexual al nivel de simple ayuntamiento brutal, deteniéndole en su evolución natural hacia su forma su perior.

Por esto, la sociedad burguesa, es una verdadera función, de la que hemos podido precisar causas, intereses, medios y aspectos diversos; función social cuyo campo de acción es muy vasto y variado su juego hasta el infinito, desde las trabas materiales más precisas, hasta las vagas perversiones morales, de las que algo diremos al final del libro.

La manera como el individuo moderno es violentado en su derecho al amor, varía con las circunstancias. Si de ordinario las exigencias de la vida económica presente tienden á disminuir y debilitar la vida sexual, ejerciendo sobre ella nocivas influen cias, haciendo más raras las posibilidades de amarse, ó debilitando la tendencia de

los individuos á una vida sexual exteriorizada, casos hay también en que la sociedad capitalista esclaviza á sus leyes toda vida sexual, ó cierra á los individuos todos y para siempre la carrera del amor. Hay para cada sexo oficios que colocan al individuo en la imposibilidad casi material de conocer el amor, oficios en los que, á consecuencia de una sujeción absoluta, ó de condiciones de existencia que imponen el celibato, hay que cambiar contra el derecho de vivir su derecho á toda vida sexual algo levantada.

Hay para la mujer, situaciones que representan la victoria definitiva de la sociedad contra el amor, el episodio extremo, el hecho más característico del antagonismo que nos hemos propuesto describir. Tal es la situación de las mujeres—y ya veremos si son muchas—á las que las exigencias de la vida ponen en la necesidad de vivir del producto de su cuerpo. Aquí se consuma el gran crimen social. La sujeción del sexo es absoluto. Sus órganos vienen á parar en simples útiles de oficio, que cada una debe ejercer para vivir.

Hemos visto que la familia y el Estado, continuando así el papel que representan siempre en las relaciones sexuales de los jóvenes, habíanse hecho á costa del amor los defensores vigilantes de la propiedad y del capital. Hemos visto también cuáles conflictos resultaban del choque del amor contra la voluntad de la familia, del Estado de la opinión pública.

No parece sino que el amor haya sido elaborado por la evolución de largos siglos sólo por una minoría de afortunados, y que deba quedar para los demás en estado de ilusión etérea. Parece que este progreso, el más grande quizás y el más característico de los tiempos modernos, no ha sido realizado sino como un producto raro de la civilización, accesible á unos pocos, visto de lejos por los demás, y conocido por éstos por el pesar que les proporciona el no poder conseguirlo. Aun para los privilegiados, este sentimiento está expuesto á mil escollos, á mil peligros, á mil cóleras, y muy rara vez puede manifestarse en plena serenidad. En cuanto á la generalidad, hablar de amor es hablar de luchas, sufrimientos y desesperos.

Ciertamente que más de uno tiende, con todas sus fuerzas, á ocupar en la vida sexual el sitio que nos señala el presente desenvolvimiento humano, y para llegar á la meta acontece que se rebela contra todos los obstáculos. Pero estas luchas, en que la noble pasión triunfa y se afirma, á costa muchas veces de la vida de los individuos, son muy raras. Muy pocos son los que, entre las trabas é irregularidades sociales, se conservan firmes, robustos, para convertirse en mantenedores del amor. Preparados desde jóvenes al olvido de todas las funciones superiores de la humanidad, el individuo se resigna, generalmente, sin lucha; olvida sus satisfacciones más elevadas, y por esto mismo más combatidas, por otras satisfacciones de orden inferior que le son permitidas por la sociedad, para las cuales ésta le prepara y anima.

En lo que concierne al sexo, las satisfacciones compensadoras ofrecidas al individuo y á las cuales se acomoda éste sin protesta, se designan con dos nombres, tristemente célebres: la prostitución y el matrimonio. A estas formas de unión sexual, según la propiedad, según el salario y según la ley, se atienen la mayoría de hombres y mujeres.»

.....
CHARLES ALBERT.

TRIBUNA DEL OBRERO

¿QUIÉN TIENE RAZÓN?

Componiéndose nuestra vida de dos estados, material y moral, y sabiendo, como

se sabe, que las leyes que los constituyen son inmutables, y por esta causa, justas, ¿cómo comprender las desigualdades que ante nosotros vemos? Mi parecer, aunque lego en estos casos, son hijos de haber aislado la materia del alma, de cuyas causas formaron el materialismo unos y el espiritualismo otros. ¿Cuál de los dos está en lo cierto? Para mí, ni uno ni otro, porque los primeros que no admiten la pérdida del más insignificante movimiento dentro el infinito del universo, dejan tranquilamente perder las acciones de los hombres negando su personalidad al abandonar las carnes con vida siempre, porque la muerte es como Dios; ideas imaginarias poco comprensibles hasta la fecha. Y los segundos, que sólo ponen fe (lo peor para practicar el bien, y digo esto porque la fe que sienten es completamente ciega) en las cosas sobrenaturales, no teniendo en cuenta las leyes del mundo físico, hacen de su existencia un sueño ilusorio, manteniendo eternamente la superioridad, anulan de este modo la justicia de que ellos mismos blasonan.

Dos preguntas. A los primeros:

Si tuviérais un hijo, ¿no es cierto que procuraríais educarlo hasta llegar á satisfacer vuestros deseos? ¿Verdad que no queríais anonadarlo cuando viéreis realizado vuestro deseo? Entonces, si todos somos hijos de una misma madre, ¿por qué al llegar al terreno apetecido se nos arrebató la vida?

A los segundos: ¿Cuántas naturalezas hay? ¿Quién ha podido hallar el máximo del progreso, si éste es eterno é infinito? ¿Dónde está la gloria, sino por todas partes? Esto es, pues, lo que mantiene y mantendrá las desigualdades.

Hay un universo, una justicia, un amor, una sola vida y un solo progreso, todo eterno é infinito; formas muchas, pero pasajeras y alterables.

SALVADOR ROMA.

LO PORVENIR

Estamos á principios del año dos mil. La prensa llama al siglo que nace época de las reivindicaciones humanas.

La revolución ha operado un cambio completo en el modo de ser de las sociedades. El progreso, después de una previsor lucha de dos mil años, acaba de vencer para siempre á sus más encarnizados enemigos. La tiranía, la explotación, la esclavitud, la reacción, en fin, acaban de recibir el golpe mortal.

La nueva sociedad, deseando inaugurar su reinado con un acto digno y grandioso que representa por todos los ámbitos del mundo, ya civilizado desde uno á otro polo, invita á todos los hombres para que concurran á la vista de la causa seguida contra los vencidos.

El acto promete revestir caracteres imponentes y majestuosos.

Al amanecer del día 1.º de Mayo, fecha señalada para la vista, un gentío inmenso, una multitud abigarrada, en la que se confundían todas las razas y colores, llenaba la plaza donde iba á celebrarse el acto de justicia, que debía anular por completo el poder de los que durante veintiún siglos fueron dueños absolutos del universo.

Silencio sepulcral reinaba en todas partes; las miradas todas estaban fijas sobre la grandiosa tribuna en que acababan de tomar asiento el tribunal, los testigos y los acusados.

En el centro, encima de un pequeño pedestal, dominando con la mirada á todos los demás, estaba á la presidencia, una arrogante matrona, á la cual daban el nombre de justicia; á su derecha el acusador, un hombre de rostro curtido, de severa mirada y de manos callosas; su toga era una blusa azul; su nombre el Trabajo. Detrás de éste estaban los testigos de cargo; mendigos harapientos, mujeres prostituidas, niños anémicos, el paria perseguido, el libertario encadenado, todo el rescoldo del arroyo, confundido con las nobles víctimas de su deber, estaban esperando la hora de su reivindicación. Á izquierda formaban un gran grupo de acusados; reyes, emperadores, sacerdotes, frailes, banqueros, industriales... todos, todos los que hasta entonces habían formado clase aparte, estaban esperando allí el veredicto de la humanidad.

En el fondo estaban amontonados los cuerpos del delito; una horrible mezcolanza de cráneos humanos, miembros desgarrados, cadenas, cañones, fusiles, libros malsanos; aquí la cruz, signo de redención; allí el látigo del capataz, emblema de esclavitud... todos, todos los instrumentos que hasta entonces habían servido para esclavizar á una gran parte de la humanidad, así como una macabra representación de miles y miles de víctimas, estaban allí para confundir á los culpables, para apoyar la acusación que sobre ellos iba á recaer.

A un ademán de la justicia, el acusador dió principio á su peroración. Compañeros—dijo—: más que á acusar, vengo aquí á razonar, á decir verdades que se han repetido millones de veces, á vindicar á la clase más numerosa de la sociedad, á reclamar para ella lo que la arrebataron ayer los vencidos de hoy: sus derechos, su dignidad, su vida.

Afirmado todo el poder de nuestros enemigos sobre bases falsas y carcomidas; contraria su supremacía de toda ley racional, justa y natural; en pugna sus acciones con los sacrosantos ideales de libertad, igualdad y justicia, forzosamente había de llegar el día en que su odiosa conducta fuese sometida al fallo de sus víctimas, al fallo de los que durante miles de años han soportado su yugo y opresión.

Ahí les tenéis, humillados, avergonzados, temblando de miedo ante la idea de que nosotros, siguiendo el ejemplo que ellos nos dieron ú obrando conforme á la educación que de ellos hemos recibido, coronaremos nuestro triunfo celebrando otro auto de fe para acabar para siempre con los herejes del progreso y de la libertad.

No, compañeros, no imitemos su conducta; seamos justos y humanitarios; corrijamos, pero no castigemos; demostremos á esos reyes que jugaron con nuestra sangre en mil batallas, á esos representantes de Cristo que atrofiaron nuestras inteligencias con sus intencionados errores, á esos capitalistas que sacrificaron á miles de obreros en holocausto al dios dinero; demostremos, en fin, á los que fomentaron la ignorancia, la desigualdad, el odio y todos los vicios y malas pasiones que corrompieron á la humanidad que, á pesar de lo mucho que hicieron, no lograron endurecer nuestros corazones, ni ahogar en nosotros los hermosos sentimientos que distinguen al ser humano de la bestia feroz; impongámosles el trabajo para castigo; que trabajen para vivir.

¡Sí!, ¡sí!; ¡que trabajen, que trabajen!—exclamaron millones de voces.

C. PIAZZA.